

¿Por qué las ciudades no son bellas?

Fabio Vélez

¿Qué es lo más difícil? Aquello que parece lo más fácil:
ver con los ojos lo que ante los ojos se encuentra.
Goethe

1 Llevo días, semanas, dándole vueltas, de forma a veces directa y en ocasiones tangencial, a dos cuestiones que, con especial tino y acierto, un estimado colega me planteó hace aproximadamente un mes. En el ínterin de una acalorada sobremesa, me salió con éstas:

—¿Por qué buscamos embellecer los espacios y qué factores contribuyen al embellecimiento y conservación de los espacios en las ciudades? Y, ¿por qué se da el deterioro y afeamiento de los espacios, si el ser humano busca supuestamente la belleza y no la fealdad?



Vista exterior desde el salón de mi departamento.
Ciudad de México, colonia Ciudad de los Deportes

2 Debo confesar, y quizá esta confesión pueda constituir un síntoma digno de atención, que desde el principio algo se me atragantó con estas preguntas. Las paladeaba, las regurgitaba, pero ni las digería ni era capaz de liberarme de ellas. Tan es así que sólo fue hasta hace bien poco cuando, merced a una súbita reordenación de ideas, me creí capaz de ello; capaz, se entiende, de hacerles frente con una mínima solvencia. Sean, pues.

Pero antes: ¿Por qué esa resistencia? ¿No estaban planteadas las preguntas con la suficiente claridad y distinción? Es más, ¿acaso no era una la necesaria mitad de la otra y, en consecuencia, ineludibles ambas para no dejar nada fuera del cuadro?

En principio, sí. Y como puede intuirse ya, el problema empieza a significarse con ese gesto preventivo, un tanto escéptico, que marca precisamente una suerte de distancia crítica.

En principio, sí, pero... “¿y al cabo?” Es decir, ¿por qué solo “en principio” —me interrogaba yo— me parecían correctamente formuladas estas preguntas?

Pues bien, por decirlo rápido y pronto, algo en mí se revolvió ante las premisas sobre las que se soportaban sendas preguntas. O, dicho de otro modo, ¿quién era ese “nosotros” asumido en la primera pregunta? No solo. ¿Quién es ese “ser humano” referido en la segunda? En resumen: ¿somos, nosotros, ese ser humano? ¿Hay tal identidad? ¿Somos nosotros, todos, iguales? Permítanme añadir algo de concreción a estas preguntas, efectivamente abstractas, mediante algunos ejemplos: ¿podemos mi vecino y yo subsumirnos sin resto en una misma categoría? Y por si esto no fuera suficiente, ¿qué hay de ese ser humano que cobijaría en su interior, sin aparentes desencuentros, las querencias de un Medici del siglo xv o xvi con las de mi persona?

Mi ristra de preguntas tomaba impulso y se cargaba de razones desde una experiencia fácilmente comprobable: bastaba salir a la ciudad, pasear por la ciudad, para percatarse de un hecho tan palmario como evidente: si es la fealdad, y no la belleza, lo que mayoritariamente parece rodearme, ¿por qué asumir que todos nosotros, en condición de humanos, aspiramos a ese ideal estético? Y en virtud de ello, me preguntaba asimismo: ¿no parten las preguntas anteriores de un *a priori* como poco discutible?



Museo Soumaya y Museo Jumex, desde la Plaza Carso. Ciudad de México, colonia Polanco

¿No son en cierta medida preguntas retóricas o capciosas? Es decir, ¿no dan por sentado algo que precisamente impediría abordar el problema en toda su complejidad? ¿No están ocultando un ángulo muerto, imprescindible para dar cuenta del cuadro completo? Y, por consiguiente, ¿no sería interesante, siquiera por un momento, abandonar el siempre confortante lecho de Procusto?

De resultas, se me vino a la mente la siguiente consideración: ¿y si por un momento admitiéramos que el ser humano no necesariamente tiende o muestra una inequívoca inclinación “natural” hacia lo bello? De ser este el caso, ¿no permitiría esta hipótesis explicar mejor el mundo que nos circunda?

Es por todo esto, a tenor de este largo preámbulo y de esta cadena ininterrumpida de preguntas, que me voy a tomar la libertad heurística de modificar sutilmente el sentir de las preguntas iniciales. A diferencia de las antes sugeridas, voy a tratar de responder a esta otra:

¿Por qué no buscamos embellecer los espacios si, supuestamente, el ser humano debería buscar la belleza y no la fealdad?

3 Vayamos, pues, con la primera parte: ¿por qué no buscamos embellecer los espacios?

Para responder a la cuestión y, dado que no puedo abordarla desde todos sus flancos y aristas, y enfrascarme en su respuesta como quisiera y debiera (pues ello me forzaría a explicitar la “belleza” que suele atribuirse a la ciudad);¹ repito, dado que lo anterior sobrepasa el alcance de este envite, me voy a permitir (al menos por esta ocasión) permanecer en el plano de la mera enunciación de hipótesis, pagando por ello el alto precio de tener que prescindir de una fundamentación cabal y detallada.

Aupándome, de esta guisa, en los hombros de Kant y de Schaeffer, aceptando con el primero que no existe una facultad específica para la contemplación estética sino un uso específico entre las existentes;² y asumiendo con el segundo que el uso estético de los sentidos sería el fruto de una evolución del uso cognitivo, cuya aparición sólo tendría lugar una vez que se han asegurado las condiciones mínimas de supervivencia,³ me parece enriquecedor sumar un eslabón más a esta cadena alusiva de nombres. Me refiero en concreto al filósofo surcoreano Byung-Chul Han.

Byung-Chul Han ha venido desmontando, en varios de sus escritos, el carácter bastardo de todo el andamiaje conceptual de la ideología neoliberal. El punto de su obra que me parece oportuno rescatar para lo que aquí nos concierne, está relacionado con la crítica a las virtudes *multitasking* tan elogiadas hoy en día en el ámbito laboral, aunque no solamente en ese. Byung-Chul Han escribe, a este propósito, lo siguiente:



Plaza Rufino Tamayo. Ciudad de México, cruce de la Avenida Insurgentes y el Eje 10

La técnica de administración del tiempo y la atención *multitasking* no significa un progreso para la civilización [...] Se trata más bien de una regresión. En efecto, el *multitasking* está ampliamente extendido entre los animales salvajes. Es una técnica de atención imprescindible para la supervivencia en la selva [...] El animal salvaje está obligado a distribuir su atención en diversas actividades. De este modo, no se halla capacitado para una inmersión contemplativa.⁴

Así pues, y a tenor de la cita, estaríamos en presencia de algo muy parecido a una involución o retroceso civilizatorio. En efecto, el sujeto contemporáneo se estaría asemejando cada vez más al animal salvaje, al abandonar progresivamente una atención profunda en detrimento de una superficial. Dicho de otro modo, al no poder detenerse (y, llegado el caso, regodearse) en la contemplación de lo que tiene en frente, porque habría de ocuparse también de lo que le queda al trasfondo, este sujeto se vería en la apremiante tesitura de tener que distinguir “los árboles y, a la vez, el bosque.” O echando mano del proverbio chino, de “mirar con un ojo aquí y con otro allá.” Es Byung-Chul Han de nuevo:

Los logros culturales de la humanidad, a los que pertenece la filosofía, se deben a una atención profunda o contemplativa. La cultura requiere un entorno en el que sea posible una atención profunda. Esta es reemplazada progresivamente por una forma de atención por completo distinta, la hiperatención. Esta atención dispersa se caracteriza por un acelerado cambio de foco entre diferentes tareas, fuentes de información y procesos.⁵

Ante tal desconcertante panorama, sólo un cambio de espiritualidad, advierte el autor, permitiría revertir semejante situación. Y, en consecuencia, la reconquista de una atención contemplativa reclamaría, por su parte, una nueva “pedagogía del sentir.” Algo, dicho sea de paso, en estrecha cercanía con el pensar de Nietzsche, cuando este exhortaba a la calma, paciencia y apertura para con los sentidos.⁶ En cualquier caso, lo que interesa y llama la atención es la coincidencia a la hora de instar a una suerte de puesta en suspenso, a un cortocircuito de los flujos cotidianos, imprescindibles para despejar, en el grueso de la “percepción sensible,” oportunidades a la “visión estética.”⁷ Se trataría, en suma, de sembrar calma y quietud, donde antes sólo reinaba el estrés y la velocidad.⁸ Pues bien, tengo la impresión que Pallasmaa no se hallaba muy lejos cuando, a propósito de la necesidad de hacer habitable también el tiempo, subrayaba lo siguiente:

En lugar de participar en el proceso de una mayor aceleración de nuestra experiencia del mundo, la arquitectura debe ralentizar dicha experiencia y defender ferozmente la lentitud.⁹

Ahora bien, sabemos igualmente gracias a Simmel, y su estudio sobre las condiciones anímicas de las primeras metrópolis del siglo pasado, que en las ciudades hay todo menos serenidad y paciencia, y que una apertura sin restricciones a la sucesión rápida e ininterrumpida de los estímulos que allí se desencadenan, nos conduce directamente a una especie de hastío urbano:

La esencia del hastío es un embotamiento en la capacidad de diferenciar las cosas, no en el sentido de que no se perciban, sino en que la importancia y el valor de las diferencias entre las cosas y, en consecuencia, las cosas mismas, se perciben como desdeñables. Al hastiado le parecen como de una tonalidad uniforme, gris y mate, indignas de ser preferidas a otras.¹⁰

En efecto, cuando todo es nuevo, nada lo es. En este eterno retorno de lo siempre distinto, Rem Koolhaas ha identificado una característica singular de nuestras “ciudades genéricas,” es decir, de aquellas ciudades que, habiendo perdido su identidad e idiosincrasia, son cada vez más clónicas entre sí. Es más, según él, este tipo de ciudades serían el escenario ejemplar para un contradictorio aburrimiento variado.”

La variedad no puede ser aburrida. El aburrimiento no puede ser variado. Pero la infinita variedad de la Ciudad Genérica casi logra, al menos, hacer de la variedad algo normal: banalizada; al revés de la expectación, es la repetición lo que se ha vuelto inusual.¹¹

Pues bien, esta conversión de la ciudad en telón de fondo —estrategia capital para solapar igualmente las diversas contaminaciones a las que nos vemos constantemente expuestos (lumínica, acústica, odorífica, etcétera¹²)— es lo que, a mi juicio, habría que tomar en cuenta para responder a la primera parte de la pregunta.

A saber, no hay y no puede haber belleza porque no se dan las condiciones estéticas para ello, y no se dan las condiciones estéticas para ello porque, a su vez, la gran ciudad se ha convertido en un entorno hostil para el cultivo de estas capacidades. Así por ejemplo: en el estresante frenesí de las multitudes o en la soledad del carro, ¿quién puede tomarse el tiempo para demorarse en la contemplación, en el disfrute de algún hecho singular?¹³ o también, en la normalidad alienante y disciplinaria del trabajo, ¿quién encuentra espacios para dejarse sorprender por la belleza?

Si a ello le sumamos un espacio público cada vez más diezmado y pobre (con menos vida pública) ante el avance imparable de los “segundos pisos” y las “plazas;” si el urbanismo parece haber abdicado en favor de la arquitectura,¹⁴ propiciando una estética del caos no mucho peor, dicho sea de paso, que la planificada por el movimiento moderno; en suma, si lo evidente, lo innegable, dicho una vez más con Koolhaas, son los espacios basura...¹⁵ ¿Cómo habríamos de esperar individuos sensibles a la belleza, con todas sus capacidades estéticas en pleno funcionamiento, si todo conjura en su contra? ¿Talento, gracia o don natural? De ninguna manera.¹⁶

4 Es fácil advertir que, respondiendo a la primera parte, nos hemos hecho asimismo cargo de la segunda.

Esto es algo que en las preguntas de partida no podía suceder. Ciertamente, allí se daba una curiosa antinomia: a saber, los seres humanos —nosotros— portábamos una pulsión congénita que a la postre, sin embargo, resultaba reprimida o forcluida. No había correspondencia entre una y otra. Y esto generaba evidentes problemas. Dificultades muy parecidas, por cierto, a las de aquellos que se atreven a afirmar la bondad natural del hombre y se ven obligados a aceptar, como Hegel, que los periodos de paz son páginas en blanco en el libro de la Historia.

Mi propuesta es más débil, de menor alcance, más modesta. Apenas me atrevo a sugerir, siempre desde la generalización, una explicación del paulatino anquilosamiento de las capacidades estéticas en el seno de la ciudad, así como de sus círculos viciosos. Sin este paso atrás, tengo para mí que la pregunta inicial que da título a este texto apenas podría ser pensada y, por tanto, respondida.

Tobecontinued..

Notas

1. Desde mi punto de vista, la melodía que, por regla general, se distingue tras los comentarios frecuentes del tipo: “¡esto sí que es una ciudad bella!” y que, curiosamente, suelen producirse en el extranjero y como consecuencia de una estancia turística en destinos como Nueva York, París o Barcelona, por lo común suelen ocultar precisamente el hecho de que el “embellecimiento” sobrevenido no es sino la secuela de un proceso de gentrificación y turistificación más profundo. Sobre este asunto, puede verse, por ejemplo, Manuel Delgado, *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del “modelo Barcelona”* (Madrid: Catarata, 2007).
2. Denominado por él, como se sabe, el “libre juego de las facultades;” para este asunto, es imprescindible e insorteable atracar con tiempo en su *Crítica del juicio*. No es azaroso, creo, que dos de los más grandes pensadores del periodo ilustrado y romántico, a saber, Immanuel Kant y Friedrich Nietzsche, asocien la experiencia estética a lo lúdico y lo festivo, respectivamente.
3. Jean Marie Schaeffer, *Adiós a la estética* (Madrid: Machado Libros, 2005), 34-5.
4. Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio* (Barcelona: Herder, 2012), 33-4.
5. Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio...*, 35.
6. Ver, por ejemplo, su libro *El crepúsculo de los ídolos* (Madrid: Alianza, 2012).
7. Byung-Chul Han, *La salvación de lo bello* (Barcelona: Herder, 2016), 93-4. Gilles Lipovetsky y Jean Serroy, poniendo de relieve la transestetización de la realidad llevada a cabo por la globalización del mercado, se expresan en términos similares: “En nuestros días vemos dos formas o dos versiones de vida estéticas: las dos muy diferentes: la una gobernada por la sumisión a las normas aceleradas y activistas del consumismo, la otra por el ideal de una existencia capaz de escapar a las rutinas de vida y compra, de suspender la dictadura del tiempo precipitado, de paladear el sabor del mundo tomándose el tiempo para descubrirlo. A la estética de la aceleración hay que oponer una estética de la tranquilidad.” En *La estetización del mundo: vivir en la época del capitalismo artístico* (Barcelona: Anagrama, 2016), 28.
8. Tiempo que, en efecto, no deja de acelerarse. Para este particular, se puede consultar la obra de Paul Virilio.
9. Juhani Pallasmaa, *Habitar* (Barcelona: Gustavo Gili, 2016), 74.
10. Georg Simmel, *Las grandes ciudades y la vida intelectual* (Madrid: Hermida, 2016), 65-66.
11. Rem Koolhaas, *La ciudad genérica* (Barcelona: Gustavo Gili, 2014), 63-4. Neil Leach ha avanzado incluso, desde una lectura semiótica, la exacerbada tesis de una “an-estética” de la arquitectura, con su consecuente anestesia de los sentidos. Ver, Neil Leach, *La an-estética de la arquitectura* (Barcelona: Gustavo Gili, 2001).
12. Estoy pensado (y teniendo en cuenta), a la hora de hacer estas afirmaciones, la obra teórica de Pallasmaa, en concreto su libro *Los ojos de la piel. La arquitectura de los sentidos* (Barcelona, Gustavo Gili, 2016).
13. Una lectura de dos clásicos como *Aprendiendo de Las Vegas*, de Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour, o *Los Ángeles. La arquitectura de cuatro ecologías*, de Reyner Banham, pondrían en tela de juicio mis preguntas retóricas.
14. Esta tesis, formulada por Rem Koolhaas en “¿Qué fue del urbanismo?”, me parece tremendamente fértil para entender nuestra situación actual. Por motivos de espacio, me veo obligado a posponerla para otra ocasión.
15. Remito a su homónimo texto: *Espacio basura* (Barcelona: Gustavo Gili, 2014).
16. Un repaso a la obra de Pierre Bourdieu y, más en concreto, a su *El amor al arte*, podría resultar una recomendación hartamente beneficiosa para la liberación de extendidos prejuicios en lo que a la belleza “natural e innata” se refiere.

Fabio Vélez Bertomeu

Doctor en Filosofía,

Universidad Autónoma de Madrid

Università degli Studi di Urbino Carlo Bo

Profesor,

Facultad de Arquitectura

Universidad Nacional Autónoma de México

✉ fabio.vlez@gmail.com